

Era una Navidad breve y fría:
y mientras el corto día nórdico se sumergió en la noche,
nos encontramos casi despejados sobre el océano invernal,
cuyo rocío congelado nos envolvía en hielo,
como si estuviésemos dentro de una brillante armadura...

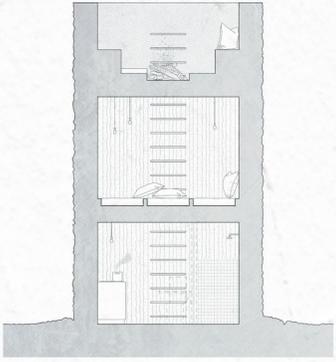
Herman Melville, *Moby Dick*

El océano que nos envuelve como una brillante armadura... y es que, ¿de que otra manera podríamos entender el Salar de Uyuni salvo como un inmenso mar dentro de la tierra? ¿No es, acaso, una vasta extensión inhabitable de agua y sal, que refleja todo lo que sobre él "flota"? ¿No son los viajeros que lo cruzan, pues, embarcaciones a la deriva y a la ventura?

La belleza del mar, no obstante, encuentra su natural simetría en su riesgo y peligro. El mar es un lugar hostil para el hombre. Las

personas acostumbradas a él lo temen a la par que veneran. No confían ni olvidan. Al fin y al cabo, hasta el último centímetro del barco que el mar haya rozado debe enjuagarse con agua dulce al regresar a puerto. A tal punto llega su desolación...

Proponemos, por tanto, un refugio en este particular océano, un lugar tosco, pétreo y también mínimo, que suponga una defensa del mar, ya que únicamente en asumir su condición hostil está el hallazgo de su belleza y serenidad.



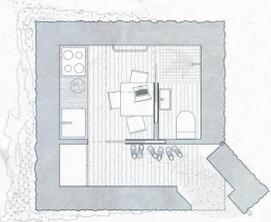
Sección 1:75



Superior



Intermedia



Baja

Plantas 1:75

